

falsos y crueles; y que se fuesen con ellos á su lugar, y veria cuán burla era todo lo que le decian aquellos, y ellos cuán buenos y leales. Y tras esto, diéronsele para servirle y contribuir como súbditos. Y todo esto hizo Cortés que pasase por ante escribano é intérpretes. Despidióse Cortés de los de Tlaxcallan. Lloraba Maxixca de verlo ir. Salieron con él cien mil hombres de guerra. Fueron tambien con él muchos mercaderes á rescatar sal y mantas. Mandó Cortés que siempre fuesen aquellos cien mil por sí, aparte de los suyos. No llegó aquel día á Chololla, sino quedóse en un arroyo, donde vinieron muchas personas de la ciudad á rogarle con mucha instancia que no consintiese á los de Tlaxcallan hacerles daño en su tierra ni mal en las personas. Y por esto Cortés les hizo volver á sus casas á todos, sino fueron cinco ó seis mil, aunque muy contra su voluntad; y avisándole que se guardase de aquella mala gente, que no era de guerra, sino mercaderes y hombres que mostraban un corazón y tenían otro; y que no le quisieran dejar en peligro, pues ya se le dieron por amigos. Otro día por la mañana llegaron nuestros españoles á Chololla. Saliéronlos á rescebir en escuadrones mas de diez mil ciudadanos, muchos de los cuales traían pan, aves ó rosas. Llegaba cada escuadron, como venia á dar á Cortés la norabuena de la venida, y apartábase para que llegase otro. Entrando por la ciudad, salió la demás gente saludando á los españoles, como iban en hila, maravillados de ver tal figura de hombres y de caballos. Tras estos salieron luego todos los religiosos, sacerdotes y ministros de los ídolos, que eran muchos y de ver, vestidos de blanco como con sobrepellices, y algunas cerradas por delante, los brazos defuera, y por orlas madejas de algodón hilado. Unos traían cornetas, otros huesos, otrosatabales; quié traía braseros con fuego, quié ídolos cubiertos, y todos cantando á su manera. Llegaron á Cortés y á los otros españoles; echaban cierta resina y copalli, que huele como incienso, é incensábanlos con ello. Con esta pompa y solemnidad, que por cierto fué grande, los metieron en la ciudad, y los aposentaron en una casa, do cupieron á placer, y les dieron aquella noche á cada uno un gallpavo, y á los de Tlaxcallan, Cempoallan, Iztacmíxtlan pusieron por su cabo y proveyeron.

Cómo los de Chololla trataron de matar los españoles.

Pasó la noche Cortés muy sobre aviso y á recaudo, porque por el camino y en el pueblo hallaron algunas señales de lo que en Tlaxcallan le dijeran; y mas que, aunque la primera noche les proveyeron á gallina por barba, los otros tres días siguientes no les dieron casi nada de comida, y muy pocas veces venian aquellos capitanes á ver los españoles; de que tomaba mala espina. En aquel tiempo le hallaron no sé cuántas veces aquellos embajadores de Moteczuma para estorbarle la ida á Méjico; unas veces diciendo que no fuese allá, que el gran señor se moriría de miedo si le viese, otras que no habia camino para ir, otras que á qué iba, pues no tenia de qué mantenerse; y aun tambien, como vienen que á todo está les satisfacía con buenas palabras y razones, echáronle de manga á los del pueblo, que le dijiesen cómo do Moteczuma estaba había lagartos, ti-

gres, leones y otras muy bravas fieras. Que siempre que el señor las soltase, bastaban para despedazar y comerse á los españoles, que eran poquitos. Y visto que tampoco esto aprovechaba nada con él, tramaron con los capitanes y principales de matar los cristianos. E porque lo hiciesen prometiéronles grandes partidos por Moteczuma. E dieron al Capitan General un atambor de oro, é que traerian los treinta mil soldados que á dos leguas estaban. Los cholollanos prometieron de atarlos y entregárselos. Pero no consintieron que entrasen aquellos soldados de Culúa en su pueblo, temiendo que con aquel achaque no se alzasen con él, que solian ser mañas de mejicanos; é dicen que pensaban de un tiro matar dos pájaros, ca tenían creído tomar durmiendo á los españoles y quedarse con Chololla; é que si no pudiesen atarlos dentro de la ciudad, que los llevasen por otro camino, que no el real para Méjico, sobre la mano izquierda; en el cual habia muchos malos pasos, que se hacían en él por ser tierra arenisca, y que tenia tal barranco comido de las aguas, que era de veinte y de treinta y aun de mas estados en hondo, y que allí las atajarían y llevarian atados á Moteczuma. Concluido pues el concierto, comienzan de alzar el hato, y sacar fuera á la sierra los hijos y mujeres. Estando ya los nuestros para partirse de allí, por el ruin tratamiento que les hacían y mal talante que les mostraban, avino que una mujer de un principal, que de piadosa, ó por parecerle bien aquellos barbudos, dijo á Marina de Viluta que se quedase allí con ella, que la queria mucho, y le pesaria que la matasen con sus amos. Ella disimuló la mala nueva, y sacóle quién y cómo la tramaban. Corrió luego á buscar á Jerónimo de Aguilar, é juntos dijéronselo á Cortés. El no se durmió, sino hizo de presto tomar un par de vecinos, que examinados, le confesaron la verdad de lo que pasaba, como aquella señora dijera. Difirió por esto la partida dos días para enfriar el negocio y para desviar á los de allí de aquel mal propósito, ó castigarlos. Llamó á los que gobernaban, y díjoles que no estava satisfecho dellos; y rogóles que ni le mintiesen ni anduviesen con él en mañas, que le pesaba dello mucho mas que si le desafiasen para batalla; porque de hombres de bien era pelear, y no mentir. Ellos respondieron que eran sus amigos y servidores, y que lo serian siempre; y que ni le mentian ni mentirian, sino que antes les dijese cuándo queria partir, para irle á servir y acompañar armados. El les dijo que otro día, y que no queria mas de algunos esclavos para llevar el fardaje, que venian ya cansados sus tamemes, y alguna cosa de comer. Desto postrero se sonreian, diciendo entre dientes. «¿Para qué quieren comer estos, pues presto les tienen de comer á ellos en ají cocidos, y si Moteczuma no se enojase, que los quiere para su plato, aquí los habríamos comido ya?»

El castigo que se hizo en los de Chololla por su traicion.

Así que, otro día de mañana, muy alegres, pensando que tenían bien entablado su juego, hicieron venir muchos para llevar el hato, y otros con hamacas para llevar los españoles, como en andas, creyendo tomarlos en ellas. Vinieron eso mesmo cantidad de hombres armados, de los muy valientes, para matar al que se re-

bullese; y los sacerdotes sacrificaron á su Quezalcouatl diez niños de á tres años, las cinco hembras; costumbres que tenían comenzando alguna guerra. Los capitanes se pusieron disimuladamente á las cuatro puertas del patio y aposento de los españoles, con algunos que traían armas. Cortés muy calladamente apercibió de mañanica á los de Tlaxcallan y Cempoallan y los otros amigos. Hizo estar á caballo los suyos, y dijo á los demás españoles que meneasen las manos sintiendo una escopeta, que les iba la vida en ello; y como vió que los del pueblo se iban llegando, mandó que llamasen á su cámara los capitanes y señores; que se queria despedir dellos. Vinieron muchos, pero no dejó entrar sino hasta treinta, que le pareció, por lo que antes habia visto, ser los principales, y díjoles que siempre les habia dicho verdad, y que ellos á él mentira, con habérselo rogado y avisado; y que porque le rogaron, aunque con dañada intencion, que no entrasen los de Tlaxcallan en su pueblo, lo hiciera de grado, y aun tambien mandara á los de su compañía que no les hiciesen mal ninguno, y maguer que no le habian dado de comer, como razon fuera, no habia consentido que los suyos les tomasen ni aun una gallina, y que en pago de aquellas buenas obras tenían concertado de matarle con todos los suyos. E ya que dentro en casa no podían, allá fuera en el camino, á los malos pasos por do le querían guiar, ayudándose de los treinta mill hombres de las guarniciones de Moteczuma, que estaban á dos leguas. Pues por esta maldad, dijo, moriréis todos; y en señal de traidores, se asolaria la ciudad, á no quedar memoria; y pues ya lo sabia, no tenían para qué le negar la verdad. Ellos se maravillaron terriblemente: mirábanse unos á otros, mas encendidos que las brasas, y decían: «Este es como nuestros dioses, que todo lo sabe; no hay para qué negárselo.» Y así, confesaron luego que era verdad delante los embajadores, que estaban tambien allí. Apartó sin esto cuatro ó cinco por sí, que no los oyesen aquellos mejicanos, y contaron todo el hecho de la traicion desde su principio, y entonces dijo á los embajadores cómo aquellos de Chololla le querían matar, á inducimiento suyo, por parte de Moteczuma; mas que no lo creia, porque Moteczuma era su amigo y gran señor, y los grandes señores no solian mentir ni hacer traiciones, y que queria castigar aquellos bellacos traidores y fementidos. Pero que ellos no temiesen, que eran inviolables, como personas públicas y enviados de rey, á quien tenia de servir, y no enojar; y que era tal y tan bueno, que no mandaria así fea é infame cosa. Todo esto decia por no descompadrar con él hasta verse dentro en Méjico. Mandó matar algunos de aquellos capitanes, y los demás dejó atados. Hizo desparar la escopeta, que era la seña, y arremetieron con gran ímpetu y enojo todos los españoles y sus amigos á los del pueblo. Hicieron como en el estrecho en que estaban, y en dos horas mataron seis mil y mas. Mandó Cortés que no matasen niños ni mujeres. Pelearon cinco horas, porque como estaban armados los del pueblo y las calles con barreras, tuvieron defensa. Quemaron todas las casas y torres que hacían resistencia. Echaron fuera toda la vecindad; quedaron tintos en sangre. No pisaban sino cuerpos muertos. Subiéronse á la torre mayor, HA.

que tiene ciento y veinte gradas, hasta veinte caballos, con muchos sacerdotes del mismo templo; los cuales con flechas y cantos hicieron mucho daño, fueron requeridos, y no rendidos; y así, se quemaron con el fuego que les pusieron, quejándose de sus dioses cuán mal lo hacían en no ayudarlos, ni defendiendo su ciudad y santuario. Saqueóse la ciudad. Los nuestros tomaron el despojo de oro, plata y pluma, y los indios amigos mucha ropa y sal, que era lo que mas deseaban, y destruyeron cuanto posible les fué, hasta que Cortés mandó que cesasen. Aquellos capitanes que presos estaban, viendo la destruccion y matanza de su ciudad, vecinos y parientes, rogaron con muchas lágrimas á Cortés que soltase algunos dellos para ver qué habian hecho sus dioses de la gente menuda; y que perdonase á los que vivos quedaban, para tornarse á sus casas, pues no tenían tanta culpa de su daño cuanta Moteczuma, que los sobornó. El soltó dos, y al otro siguiente día estaba la ciudad que no parésca que faltaba hombre; y luego, á ruegos de los de Tlaxcallan, que tomaron por intercesores, los perdonó á todos y soltó los presos, y dijo que otro tal castigo y daño haria donde le mostrasen mala voluntad, y le mintiesen y urdiesen aquellas traiciones; de que no pequeño miedo les quedó á todos. Hizo amigos á estos de Chololla, con los de Tlaxcallan, como ya en tiempo pasado solian ser, sino que Moteczuma y los otros reyes antes dél los habian enemistado con dádivas y palabras, y aun por miedo. Los de la ciudad, como era muerto su general, criaron otro de licencia de Cortés.

Chololla, santuario de indios.

Es Chololla república como Tlaxcallan, y tiene uno que es capitan general ó gobernador, que todos eligen. Es lugar de veinte mill casas dentro de los muros, y fuera, por los arrabales, de otras tantas. Por defuera es de las mas hermosas que puedan ser á la vista. Muy torreada, porque hay tantos templos, á lo que dicen, como días en el año; y cada uno tiene su torre, y algunos mas; y así, contaron cuatrocientas torres. Hombres y mujeres son de gentil dispusicion y gestos, y muy ingeniosos; ellas grandes plateras, entalladoras y cosas así. Ellos muy sueltos, bellicosos y buenos maestros de cualquiera cosa. Andan mejor vestidos que los de hasta allí, ca traen, sobre otras ropas, unos como albornoques moriscos, sino que tienen maneras. El término que alcanzan en llano es graso y de gentiles labranzas, que se riegan, y tan lleno de gente, que no hay un palmo vacío; á cuya causa hay pobres que piden por las puertas; que no lo habian visto hasta entonces por aquella tierra. El pueblo de mayor religion de todas aquellas comarcas es Chololla, y el santuario de los indios, donde todos iban en romería y á devociones, y así tenia tantos templos. El principal era el mejor y mas alto de toda la Nueva-España, que subian á la capilla por ciento y veinte gradas. El ídolo mayor de sus dioses llaman Quezalcouatl, dios del aire, que fué el fundador de la ciudad; virgen, como ellos dicen, y de grandísima penitencia; instituidor del ayuno, del sacar sangre de lengua y orejas, y de que no sacrificasen sino codornices, palomas y cosas de caza. Nunca se vistió sino una



ropa de algodón blanca, estrecha y larga, y encima una mantá sembrada de cruces coloradas. Tienen ciertas piedras verdes, que fueron suyas, como por reliquias. Una dellas es una cabeza de mona muy al propio. Esto se puede entender en poco mas de veinte dias que allí estuvieron nuestros españoles. Iban y venian en ese tiempo tantos á contratar, que ponian admiracion, y una de las cosas de ver que en los mercados habia, era la loza, hecha de mill maneras y colores.

Del monte que llaman Popocatepec.

Está un monte ocho leguas de Chololla, que llaman Popocatepec, que quiere decir sierra de humo, porque rebosa muchas veces humo y fuego. Cortés envió allí diez españoles, con muchos vecinos que los guiasen y llevasen de comer. Era la subida áspera y embarazosa. Llegaron hasta oír el ruido; mas no osaron subir á lo alto á verlo, porque temblaba la tierra, y habia tanta ceniza, que empidia el camino; y así, se querian tornar. Pero los dos que debian ser mas animosos ó curiosos, determinaron de ver el cabo y misterio de tan admirable y espantoso fuego, y por dar alguna razon á quien los enviaba, no los tuviese por medrosos y ruines; y así, aunque los demás no quisieran, y las guias los atemorizaban, diciendo que nunca jamás lo habian hollado piés ni visto ojos humanos, subieron allá por medio de la ceniza, y llegaron á lo postrero por debajo de un espeso humo. Miraron un rato, y figuróseles que tenia media legua de boca aquella concavidad, en que retumbaba el ruido, que estremecía la sierra, y poco hondo, mas como un horno de vidrio cuando mas hierve. Era tanto el calor y humo, que se tornaron presto por las mismas pisadas que fueron, por no perder el rastro y perderse. Apenas se hubieron desviado y andado un pedazo, que comenzó á lanzar ceniza y llama, y luego ascuas; y al cabo muy grandes piedras de fuego ardientes; y si no hallaran do meterse debajo de una peña, perescieran allí abrasados; y como trajeron buenas señas, y volvieron vivos y sanos, vinieron muchos indios á besarles la ropa y á verlos, como por milagro ó como á dioses, dándoles muchos presentillos: tanto se maravillaron de aquel hecho. Piensan aquellos simples que es una boca de infierno, adonde los señores que mal gobiernan ó tiranizan van, después de muertos, á purgar sus pecados, y de allí al descanso. Esta sierra, que llaman Vuleán, por la semejanza que tiene con el de Sicilia, es alta y redonda, y que jamás le falta nieve. Paresce de muy léjos, las noches, que echa llama. Hay cerca dél muchas ciudades, pero la mas cercana es Huexocinco. Estuvo diez años y mas que no echó humo, y el año de 1540 tornó como primero, y antes trajo tanto ruido, que puso espanto á los vecinos que estaban á cuatro leguas y mas aparte. Salíó mucho humo, y tan espeso, que no se acordaban su igual. Lanzó tanto y tan recio fuego, que llegó la ceniza á Huexocinco, Quetzalcoapan, Tepejacac, Cuauhquecholla, Chololla y Tlaxcallan, que está diez leguas, y aun dicen que llegó á quince. Cubrió el campo, y quemó la hortaliza y los árboles, y aun los vestidos.

La consulta que Moteczuma tuvo para dejar á Cortés ir á Méjico.

No quisiera Cortés reñir con Moteczuma antes de entrar en Méjico; mas tampoco queria tantas palabras, excusas y niñerías como le decian. Quejóse reciamente á sus embajadores que un tan gran principe, y que con tantos y tales caballeros le habia dicho que era su amigo, buscáse maneras de le matar ó dañar con mano ajena, por se excusar si no le sucedia; y pues no guardaba su palabra ni mantenía verdad, que, como queria ir antes amigo y de paz, determinaba ya ir como enemigo y de guerra; que ó seria con bien ó con mal. Ellos dijeron sus desculpas, y rogaron que perdiese la saña y enojo, y que diese licencia á uno para ir á Méjico, y volver con respuesta presto, pues habia poco camino. El dijo que fuese mucho enhorabuena. Fué uno, y á los seis dias tornó con otro compañero que fuera poco antes, y trajéronle diez platos de oro, mill y quinientas mantas de algodón, mucha suma de gallipavos, de pan y cacao, y cierto vino que ellos conficionan de aquellos cacaos y centli, y negaron que no habia entrado en la conjuración de Chololla, ni habia sido por su mandado ni consejo, sino que aquella gente de guarnición que allí estaba era de Acacincos y Azacancos, dos provincias suyas, y vecinas de Chololla, con quien tenian alianza y comparanzas de vecindad; los cuales, á inducimiento de aquellos bellacos, urdirian aquella maldad; y que adelante seria buen amigo, como veria y como lo habia sido; y que fuese, que en Méjico le esperaria: palabra que plugo mucho á Cortés. Moteczuma hubo temor cuando supo la matanza y quema de Chololla, y dijo: «Esta es la gente que nuestro dios me dijo que habia de venir y señorear esta tierra;» y fuése luego á visitar los templos, y encerróse en uno, donde estuvo en oración y ayuno ocho dias. Sacrificó muchos hombres para aplacar la ira de sus dioses, que estarían enojados. Allí le habló el diablo, esforzándole que no temiese los españoles, que eran pocos, y que venidos, haria dellos á su voluntad, y que no cesase en los sacrificios, no le aconteciese algun desastre; y tuviese favorables á Vitzcilpuchtlí y Tezcatlipuca para guardarle; porque Quetzalcouath, dios de Chololla, estaba enojado porque le sacrificaban pocos y mal, y no fué contra los españoles. Por lo cual, y porque Cortés le habia enviado á decir que iria de guerra, pues de paz no queria, otorgó que fuese á Méjico y á verle. Ya Cortés cuando llegó á Chololla iba grande y poderoso; pero allí se hizo mucho mas, ca luego voló la nueva y fama por toda aquella tierra y señorío del rey Moteczuma, y de como hasta entonces se maravillaban, comenzaron dende en adelante á temerle; y así, de miedo, mas que por amor, le abrian las puertas á do quiera que llegase. Quería Moteczuma al principio hacer con Cortés que no fuese á Méjico, poniéndole muchos temores y espantos; ca pensaba que temeria los peligros del camino, la fortaleza de Méjico, la muchedumbre de hombres y su voluntad, que era mas fuerte cosa, pues cuantos señores habia en aquella tierra, la temian y obedescian, y para esto tuvo gran negociación; mas viendo que no aprovechaba, lo quiso vencer con dádivas, pues pidia y tomaba oro. Empero como siempre porfiaba á verle y llegar á Méjico, preguntó al diablo

lo que hacer debia sobre tal caso, después de haber tomado consejo con sus capitanes y sacerdotes; ca no le pareció de hacerle guerra, que le seria deshonra tomarse con tan pocos extranjeros, y que decian ser embajadores, y por no incitar la gente contra sí, que es lo mas cierto; pues estaba claro que luego serian con él los otomíes y tlaxcaltecas, y otras muchas gentes, para destruir los mejicanos. Así que se declaró á dejarlo entrar en Méjico llanamente, creyendo poder hacer de los españoles, que tan pocos eran, lo que quisiese, y almorzárselos una mañana, si lo enojasen.

Lo que avino á Cortés, de Chololla hasta llegar á Méjico.

Habida tan buena respuesta como le dieron los embajadores de Méjico, dió Cortés licencia á los indios amigos que se quisiesen volver á sus casas, y partióse de Chololla con algunos vecinos que seguirle quisieron, y no quiso echar por el camino que le mostraban los de Moteczuma, porque era malo y peligroso, segun lo vieron los españoles que fueron al Vulcan, y porque le querian saltar en él, á lo que cholollanos decian; sino por otro mas llano y mas cerca. Reprehendidos por ello, respondieron que lo guiaban por allí, aunque no era buen camino, porque no pasase por tierra de Huexocinco, que eran sus enemigos. No caminó aquel dia sino cuatro leguas, por dormir en unas aldeas de Huexocinco, donde fué bien recibido y mantenido, y aun le dieron algunos esclavos, ropa y oro, aunque poco; que poco tienen y son pobres, á causa de tenerlos acorralados Moteczuma, por ser de la parcialidad de Tlaxcallan. Otro dia, antes de comer, subió un puerto entre dos sierras nevadas, de dos leguas de subida. Donde, si los treinta mil soldados que habian venido para tomar los españoles en Chololla esperaran, los tomaban á manos, segun la nieve y frio les hizo en el camino. Dende aquel puerto se descubria tierra de Méjico, y la laguna con sus pueblos al rededor, que es la mejor vista del mundo. Cuanto Cortés holgó de verla, tanto temieron algunos de sus compañeros, y aun hubo entrellos diversos pareceres si llegarían allá ó no, y dieron muestra de motin; pero él, por su prudencia y disimulación, se lo deshizo, y con esfuerzo, esperanza y buenas palabras que les dió, y con ver que era el primero en los trabajos y peligros, temieron menos lo que imaginaban. En bajando á lo llano, de la otra parte halló una casa de placer en el campo, harto grande y buena; y tal, que cupieron todos los españoles holgadamente, y hasta seis mil indios que llevaba de Cempoallan, Tlaxcallan, Huexocinco y Chololla, aunque para los tameses hicieron los de Moteczuma chozas de paja. Tuvieron buena cena y grandes fuegos para todos, que criados de Moteczuma proveian copiosamente, y aun les tenian mujeres. Allí le vinieron á hablar muchos principales señores de Méjico, y entre ellos un pariente de Moteczuma. Dieron á Cortés tres mil pesos de oro, y rogáronle que se volviese por la pobreza, hambre y ruin camino, que se anda por barquillos, y que allende del peligro de se ahogar, no ternia qué comer, y que le daría mucho, y mas el tributo que le pareciese, para el emperador que le enviaba, puesto cada un año en la mar ó do quisiese. Cortés los recibió como era razon,

y les dió cosillas de España, especial al pariente del gran señor; y díjoles que de buena gana holgaria servir á tan poderoso principe, si pudiera sin enojar al Rey, y que de su ida no le vernia sino mucho bien y honra; y que pues no habia de hacer mas de hablalle y volverse, que de lo que tenian para sí, habria para todos qué comer, y que aquella agua no era nada en comparación de dos mil leguas que habia venido por mar para solamente verlo y comunicarle ciertos negocios de mucha importancia. Con todas estas pláticas, si lo hallaran descuidado, lo acometieran, que venian muchos para tal efecto, como dicen algunos. Pero él hizo saber á los capitanes y embajadores cómo los españoles no dormian de noche, ni se desnudaban armas ni vestidos; y que si alguno veian en pié ó andar entrellos, le mataban luego, y él no se lo resistia; por tanto, que lo dijese así á sus hombres, para que se guardasen; que le pesaria si alguno dellos muriese allí; y con esto pasó la noche. En amaneciendo otro dia se partió, y fué á Amaquemacan, dos leguas, que cae en la provincia de Chalco; lugar que, con las aldeas, tiene veinte mil vecinos. El señor de allí le dió cuarenta esclavas, tres mil pesos de oro, y de comer dos dias abundantemente, y aun de secreto muchas quejas de Moteczuma. De Amaquemacan fué cuatro leguas otro dia á un pequeño lugar, poblado la mitad en agua de laguna y la otra mitad en tierra, al pié de una sierra áspera y pedregosa. Acompañáronle muy muchos de Moteczuma, que le proveyeron; los cuales con los del pueblo quisieron pegar con los españoles, y enviaron sus espías á ver qué hacian la noche. Pero las que Cortés puso, que eran españoles, mataron dellas hasta veinte, y allí paró la cosa, y cesaron los tratos de matar los españoles; y es cosa para reír que á cada triquete quisiesen y tentasen matarlos, y no fuesen para ello. Luego á otro dia, bien de mañana, viendo que se partia el ejército, llegaron allí doce señores mejicanos, pero el principal era Cacamacin, sobrino de Moteczuma, señor de Tezcoco, mancebo de veinte y cinco años, á quien todos acataban mucho. Venia en andas á hombros, y como le abajaron dellas, le limpiaban las piedras y pajas del suelo que pisaba. Estos venian á irse acompañando á Cortés, y desculparon á Moteczuma, que por enfermo no venia él mesmo á lo recibir allí. Todavía porfiaron que se tornasen los españoles y no llegasen á Méjico, y dieron á entender que les ofenderian allá, y aun defenderian el paso y entrada: cosa que facilísimamente podían hacer; mas empero andaban ciegos, ó no se atrevieron á quebrar la calzada. Cortés les habló y trató como quien eran, y aun les dió cosas de rescate. Salíó de aquel lugar muy acompañado de personas de cuenta, á quien seguian infinitos otros, que no cabian por los caminos, y tambien venian muchos de aquellos mejicanos á ver hombres tan nuevos, tan afamados; y maravillados de las barbas, vestidos, armas, caballos y tiros, decian: «Estos son dioses.» Cortés les avisaba siempre que no atravesasen por entre los españoles ni caballos, si no querian ser muertos. Lo uno, porque no se desvergonzasen con las armas á pelear, y lo al, porque dejasen abierto camino para ir adelante, que los traian rodeados. Así pues fué á un lugar de dos mil fuegos, fundado todo dentro en



agua, y que hasta llegar á él anduvo mas de media legua por una muy gentil calzada, y ancha mas de veinte piés. Tenia muy buenas casas y muchas torres. El señor dél recibió muy bien á los españoles, y los proveyó honradamente, y rogó que se quedasen á dormir allí, y aun secretamente se quejó á Cortés de Moteczuma por muchos agravios y pechos no debidos, y le certificó que habia camino, y bueno, hasta Méjico, aunque por calzada como la que pasara. Con esto descansó Cortés, ca iba con determinacion de parar allí y hacer barcas ó fustas; mas todavía quedó con miedo no le rompiesen las calzadas, y por eso llevó grandísima advertencia. Cacama y los otros señores le importunaron que no se quedase allí, sino que se fuese á Iztacpalapan, que no estaba sino dos leguas adelante, y era de otro sobrino del gran señor. El hubo de hacer lo que tanto le rogaban aquellos señores, y porque no le quedaban sino dos leguas de allí á Méjico, que podria entrar al otro dia con tiempo y á su placer. Fué pues á dormir á Iztacpalapan, y allende que de dos en dos horas iban y venian mensajeros de Moteczuma, le salieron á recibir buen trecio Cueltlauac, señor de Iztacpalapan, y el señor de Culucan, tambien pariente suyo. Presentáronle esclavas, ropa, plumajes y hasta cuatro mil pesos de oro. Cueltlauac hospedó todos los españoles en su casa, que son unos grandísimos palacios, de cantería todos y carpintería, muy bien labrados, con patios y cuartos bajos y altos, y todo servicio muy cumplido. En los aposentos muchos paramentos de algodón, ricos á su manera. Tenian frescos jardines de flores y árboles olerosos, con muchos andenes de red de cañas, cubiertas de rosas y yerbecitas, y con estanques de agua dulce. Tenian tambien una huerta muy hermosa de frutales y hortaliza, con una grande alberca de cal y canto, que era de cuatrocientos pasos en cuadro, y mil y seiscientos en torno, y sus escalones hasta el agua, y aun hasta el suelo, por muchas partes; en la cual habia de todas suertes de peces; y acuden á ella muchas garcetas, labancos, pavotas y otras aves, que cubren en veces la agua. Es Iztacpalapan de hasta diez mill casas, y está en la laguna salada, medio en agua, medio en tierra.

Cómo salió Moteczuma á recibir á Cortés

De Iztacpalapan á Méjico hay dos leguas por una calzada muy ancha, que holgadamente van ocho caballos por ella á la par, y tan derecha como hecha por nivel, y quien buena vista tenia, alcanzaba á ver las puertas de Méjico. A los lados della están Mixicalcinco, que es de cerca de cuatro mil casas, toda dentro en agua; Coioacan, de seis mil, y Vicilopuchtlí, de cinco. Tienen estas ciudades muchos templos, con tantas torres, que las hermocean, y gran trato de sal, porque allí la hacen y venden, ó llevan fuera á ferias y mercados. Sacan agua de la laguna, que es salada, por arroyuelos á hoyos de tierra, y en ellos se cuaja; y así, hacen pelotas y panes de sal, y tambien la cuecen, y es mejor, pero mas embarazosa. Era gran renta para Moteczuma. En esta calzada hay, de trecho á trecho, puentes levadizas sobre los ojos por do corre la agua de la una laguna á la otra. Por esta calzada fué Cortés con sus cuatrocientos

compañeros, y otros seis mil indios amigos, de los pueblos atrás que pacificó. Apenas podia andar, con la pretura de la mucha gente que á ver los españoles salia. Llegó acerca de la ciudad, donde se junta otra calzada con esta, y donde está un baluarte fuerte y grande, de piedra, dos estados alto, con dos torres á los lados, y en medio un potrill almenado y dos puertas; fuerza harto fuerte. Aquí salieron cuatro mil caballeros cortesianos y ciudadanos á recibirle, vestidos ricamente á su usanza, y todos de una misma manera. Cada uno, como á Cortés llegaba, tocaba su mano derecha en tierra, besábala, humillábase, y pasaba adelante por la orden que venian. Tardaron una hora en esto, y fué cosa mucho de mirar. Desde el baluarte sigue todavía la calzada, y tiene, antes de entrar en la calle, una puente de madera levadiza y diez pasos ancha, por el ojo de la cual corre la agua y entra de la una en la otra. Hasta esta puente salió Moteczuma á recibir á Cortés, debajo de un palio de pluma verde y oro, con mucha argentería colgando, que lo llevaban cuatro señores sobre sus cabezas. Traíanle de los brazos Cueltlauac y Cacama, sobrinos suyos y grandes príncipes. Venian todos tres á una manera riquísimamente ataviados, salvo que el señor traia unos zapatos de oro y piedras engastonadas, que solamente eran las suelas prendidas con correas, como se pintan á lo antiguo. Andaban criados suyos de dos en dos, poniendo y quitando mantas por el suelo; no pisase en la tierra. Seguian luego docientos señores como en procesion, todos descalzos, y con ropas de otra mas rica librea que los tres mil primeros. Moteczuma venia por medio de la calle, y estos detrás y arrimados cuanto podian á las paredes, los ojos en tierra, por no mirarle á la cara, que es desacato. Cortés se apeó del caballo, y como se juntaron, fuéle á abrazar á nuestra costumbre. Los que le traían de brazo le detuvieron, que no llegase á él, que era pecado tocarle; saludáronse empero, y Cortés le echó entonces al cuello un collar de margaritas y diamantes y otras piedras de vidrio. Moteczuma se fué delante con el un sobrino, y mandó al otro que llevase por la mano á Cortés luego tras él y por medio de la calle. En comenzando á ir, llegaron los de la librea uno á uno á hablar y darle el parabien de su llegada, y tocando la tierra con la mano, pasaban, y tornábanse á su orden y lugar. No acabaran aquel dia si todos los de la ciudad hubieran, como querian, de saludarle; mas, como el Rey iba delante, volvian todos las caras á la pared, y no osaban llegar á Cortés. A Moteczuma plugo el collar de vidrio, y por no tomar sin dar mejor, como gran príncipe, mandó luego traer dos collares de camarones colorados, gruesos como caracoles, y que allí estiman en mucho, y que de cada uno dellos colgaban ocho camarones de oro, de labor perfectísima, y de á jeme cada uno; y púsose los al pescuezo con sus propias manos, que lo tuvieron á favor grandísimo, y se maravillaron dello. Ya en esto acababan de pasar la calle, que es un tercio de legua, ancha, derecha y muy hermosa, y llena de casas por entrambas aceras; en cuyas puertas, ventanas y azoteas habia tanta gente para ver los españoles, que no sé quién se maravillase mas, ó los nuestros de tanta muchedumbre de hombres y mujeres que aquella ciudad

tenia, ó ellos de la artillería, caballos, barbas y traje de hombres que nunca vieran. Llegaron pues á un patio grande, recámara de ídolos, que fué casas de Axiaca. A la puerta tomó Moteczuma de la mano á Cortés, y metiólo dentro á una gran sala; púsole en un rico estrado, y díjole: «En vuestra casa estáis; comed, descansad, y habed placer; que luego torno.» Tal como habeis oido fué el recibimiento que á Fernando Cortés hizo Moteczumacin, rey poderosísimo, en su gran ciudad de Méjico, á 8 dias del mes de noviembre, año de 1519 que Cristo nació.

La oracion de Moteczuma á los españoles.

Era esta casa en que los españoles estaban aposentados muy grande y hermosa, con salas asaz largas y otras muchas cámaras, donde muy bien cupieron ellos y todos casi los indios amigos que los servian y acompañaban armados; y estaba toda ella muy limpia, lucida, esterada y entapizada con paramentos de algodón y pluma de muchas colores; que habia bien que mirar en todo. Como Moteczuma se fué, repartió Cortés el aposento, y puso la artillería de cara de la puerta, y luego comieron una buena comida; en fin, como de tan gran rey á tal capitán. Moteczuma, luego que comió, y supo que los españoles habian comido y reposado, volvió á Cortés, saludóle, sentóse junto en otro estrado que le pusieron, dióle muchas y diversas joyas de oro, plata, pluma, y seis mil ropas de algodón ricas, labradas y tejidas de maravillosas colores; cosa que manifestó su grandeza, y confirmó lo que traian imaginado por los presentes pasados. Todo esto hizo con mucha gravedad, y con la mesma dijo, segun Marina y Aguilar declaraban: «Señor y caballeros míos, mucho huelgo de tener tales hombres como vosotros en mi casa y reino, para les poder hacer alguna cortesía y bien, segun vuestro merecimiento y estado; y si hasta aquí os rogaba que no entrasedes acá, era porque los míos tenian grandísimo miedo de veros; ca espantábades la gente con estas vuestras barbas fieras, y que traíades unos animales que tragaban los hombres, y que como veníades del cielo, abajábades de allá rayos, relámpagos y truenos, con que hacíades temblar la tierra, y feríades al que os enojaba ó al que os antojaba; mas empero como ya agora conozco que sois hombres mortales, mas de bien, y no haceis daño alguno, y he visto los caballos, que son como ciervos, y los tiros, que parecen cebratanas, tengo por burla y mentira lo que me decian, y aun á vosotros por parientes; ca, segun mi padre me dijo, que lo oyó tambien al suyo, nuestros pasados y reyes, de quien yo descendo, no fueron naturales desta tierra, sino advenedizos; los cuales vinieron con un gran señor, y que dende á poco se fué á su naturaleza, y que al cabo de muchos años tornó por ellos; mas no quisieron ir, por haber poblado aquí, y tener ya hijos y mujeres y mucho mando en la tierra. El se volvió muy descontento dellos, y les dijo á la partida que enviaria sus hijos á que los gobernasen y mantuviesen en paz y justicia, y en las antiguas leyes y religion de sus padres. A esta causa pues hemos siempre esperado y creído que algun dia vernian los de aquellas partes á nos subjectar y mandar, y pienso yo que

sois vosotros, segun de donde venis, y la noticia que decis que ese vuestro gran rey emperador que os envia, ya de nos tenia. Así que, señor capitán, sed cierto que os obedescerémos, si ya no traeis algun engaño ó cautela, y partirémos con vos y los vuestros lo que tuviéremos. E ya que esto que digo no fuese, por sola vuestra virtud y fama y obras de esforzados caballeros, lo haria muy de buena gana; que bien sé lo que hecistes en Tabasco, Teoacacincó y Chololla y otras partes, venciendo tan pocos á tantos; y si traeis creído que soy dios, y que las paredes y tejados de mi casa, con todo el demás servicio, son de oro fino, como sé que os han hablado los de Cempoallan, Tlaxcallan y Huexocincó y otros, os quiero desengañar, aunque os tengo por gente que no lo creéis; y que conocéis que con vuestra venida se me han rebelado, y de vasallos tornado enemigos mortales; pero esas alas yo se las quebraré. Tomad pues mi cuerpo, que carne y hueso es; hombre soy como los otros, mortal, no dios, no; bien que, como rey, me tengo en mas, por la dignidad y preeminencia. Las casas ya las veis, que son de barro y palo, y cuando mucho de canto: ¿veis cómo os mintieron? En cuanto á lo demás, es verdad que tengo plata, oro, pluma, armas, y otras joyas y riquezas en el tesoro de mis padres y abuelos, guardados de grandes tiempos á esta parte, como es costumbre de reyes. Lo cual todo vos y vuestros compañeros ternéis siempre que lo quisierdes; entre tanto holgad, que vernéis cansados.» Cortés le hizo una gran mesura, y con alegre semblante, porque le saltaban algunas lágrimas, le respondió que, confiado de su clemencia y bondad, habia insistido en verle y hablalle, y que conocia ser todo mentira y maldad lo que dél le habian dicho aquellos que le deseaban mal, como él tambien veia por sus mismos ojos las burlerías y consejas que de los españoles le contaran; y que tuviese por certísimo que el Emperador, rey de España, era aquel su natural señor á quien esperaba, cabeza del mundo y mayorazgo del linaje y tierra de sus antepasados; y en lo que tocaba al tesoro, que se lo tenia en muy gran merced. Tras esto preguntó Moteczuma á Cortés si aquellos de las barbas eran todos vasallos ó esclavos suyos, para tratar á cada uno como quien era. El le dijo que todos eran sus hermanos, amigos y compañeros, sino algunos, que eran criados; y con tanto, se fué á Tecpan, que es palacio, y allá se informó particularmente de las lenguas, cuáles eran ó no caballeros, y segun le informaron, así les envió el don; si era hidalgo y buen soldado, bueno y con mayordomo, y si no, y marinero, no tal y con lacayo.

De la limpieza y majestad con que se servia Moteczuma.

Era Moteczuma hombre mediano, de pocas carnes, de color muy bazo, como loro, segun son todos los indios. Traia cabello largo, tenia hasta seis pelillos de barba, negros, largos de un jeme. Era bien acondicionado, aunque justiciero, afable, bien hablado, gracioso, pero cuerdo y grave, y que se hacia temer y acatar. Moteczuma quiere decir hombre sañado y grave. A los nombres propios de reyes, de señores y mujeres, añaden esta sílaba *cin*, que es por cortesía ó dignidad, como nosotros el don, turcos sultan, y moros muley; y